

LOS JOVENES Y LA CULTURA AMBIENTAL

A continuación me referiré principalmente a la generación que empieza con la gran Venezuela (1974). Lo que diremos no es exclusivo de los jóvenes de esta generación. Hay quienes sin ser de esta generación son de su misma «edad».

El punto de partida real es lo que los jóvenes son. El punto de llegada es lo que Dios quiere que ellos sean. Esto sugiere que lo fundamental son los jóvenes y lo secundario las modas culturales. Siempre será importante tomar en cuenta los efectos de los cambios culturales sobre las nuevas generaciones. Pero no estamos obligados a asumirlos como un todo absoluto. Ninguna cultura es la totalidad de la persona ni de la historia. Así como tampoco ninguna persona por muy importante que fuera agota las posibilidades de la sociedad y de la historia. El tiempo que nos toca vivir nos exige un profundo discernimiento sobre lo que debemos asumir o dejar de la cultura ambiental.

EL MODO DE PRODUCCION DETERMINA EL PRODUCTO

Lo que se le entregó a esta generación fue determinante, aunque no absolutamente determinante. Si somos cristianos creemos que siempre es posible la conversión. En primer lugar, los padres de estos jóvenes son altamente responsables del modo de enfrentar la realidad que caracteriza a esta generación. Los mayores vivieron omnubilados y sumergidos en el estilo de vida que generó el modelo rentista de la economía. Principalmente no tuvieron criterios para manejar la abundancia ni paradigmas alternativos. *Los jóvenes se levantaron en medio del derroche y no fueron educados en el sacrificio. Nada que tuviera que ver con una actitud fundacional de ser semillas de algo distinto. Todo lo contrario tuvieron la risita cínica del presidente Lusinchi, una sobresaturación de casos de corrupción y un gran deterioro de todo lo público.*

COSECHAMOS LO QUE SEMBRAMOS

En segundo lugar esta generación creció en medio del desencanto político y la frustración económica. No hubo guerrillas, ni mayo francés, ni comunas hippys sino banqueros fugados, golpes de estado y revueltas populares. Esto configuró un modo de enfrentarse con las cosas caracterizado por la primacía del éxito económico, la desaparición de ideales de cambio, la reducción del pueblo a «los míos» y del individuo al individualismo, teniendo como resultado el inmediatismo, el utilitarismo, el intimismo, la sensualidad y la realidad virtual como reivindicaciones de lo novedoso, celebrativo, práctico y placentero. Un buen pasticho que unos llaman posmodernidad pero que en realidad es la crisis radical de una cultura rentista, populista y pantallera.

La promesa de bienestar y progreso de la modernización que propusieron las élites ya no está en el ambiente ni hay renta petrolera para que cada quien se la fabrique a su medida. Esta atmósfera hace que unos jóvenes prefieran acomodarse

a lo que existe y otros muchos irse a buscar en otros países lo que no se han decidido a crear aquí desde sí mismos como personas y como sociedad.

LO QUE SE HA TRANSMITIDO

En tercer lugar, las declaraciones de la necesidad de pasar a una cultura productiva se desdican con el modo concreto de vivir. El dato de la disminución de la renta petrolera no sirve de nada si no supera el modo de vida según el cual se puede vivir sin exponerse sin arriesgarse; si no se asume como dato para cambiar la cultura rentista que generó. La expresión «Venezuela productiva» no tiene ninguna impresión de realidad en nuestra sociedad. No es algo real que se pueda aprehender y que suscite una respuesta distinta. No está ofrecida como posibilidad de la cual las personas puedan asirse. Entonces, la afección de esta generación es algo más radical que la disminución del número de divisas o el agotamiento del sistema clientelar de los partidos políticos. Es el mismo modo de enfrentarse con las cosas y consigo mismo. Porque el modo de estar en la realidad que se le ha entregado a los jóvenes es inconsistente, artificioso, pura fachada. De ahí, por ejemplo, la moda retro o la chocante imitación de estilos foráneos. Debido a la inconsistencia de las posibilidades que se le ha transmitido, el joven de esta generación constantemente reclama protección, andaderas y reconocimiento para afirmarse como realidad absoluta en un ambiente saturado de cosas pero carente de sentido.

La cultura rentista todavía define el ambiente en el que se desenvuelven los jóvenes. Además la situación se hace mucho más compleja por la repercusión de los cambios culturales del primer mundo, principalmente a través de los medios, en el mundo juvenil. Lo que ocurre a nivel global tiende a imponerse como el modo de ser y de vivir natural. La generalidad sustituye a la historia. Tomando en cuenta todo lo dicho anteriormente veamos algunas características de los jóvenes.

Wilfredo González

LOS ESTIMULANTES REALES

Los jóvenes interpretan el mundo y la vida a partir de sus propias experiencias directas, tomando prestado el mínimo posible de etapas históricas pasadas. Los jóvenes hablan de lo que tienen a la mano, la prensa, la radio, la TV y las publicaciones copan el mundo de sus intereses. En particular hablan del deporte que más les gusta, de los trabajos que están realizando y de las dificultades académicas. En todo esto se trata más del cómo lo hacen que de los contenidos y las implicaciones personales y sociales que se derivan de esas determinadas prácticas y estudios. No es, por ejemplo, una negativa a discutir programas o sistemas filosóficos, en el caso de los estudiantes universitarios, sino que no se sienten motivados-afectados (¿no sienten ganas?) y que eso les parece suficiente para no hacerlo; en el sentido de que «sentir ganas» es algo que está por encima de las justificadas razones (mejorar, conocer, etc.) que se dan para estudiar.

En general hablan, intercambian en torno a los acontecimientos nacionales e internacionales como el precio del dólar, la guerra, la droga, el deporte y las elecciones. Con ello el joven expresa que está al día en lo que sucede, de los eventos y de los espectáculos que resaltan los medios. Esto todavía no significa que el joven persiga un objetivo concreto o que le interese hacer un estudio particular de una tendencia social o política de los últimos eventos. Tampoco significa que no haya jóvenes que sigan la pista, de forma sistemática, a un problema de cualquier índole. Significa que el joven vive el curso de los acontecimientos como espectador. El mundo es una gran pantalla, teatro o escenario al que se asiste según qué obra o película estén pasando. La implicación personal en ella dependerá de que sea de su gusto, agrado o interés intelectual. La



realidad tiene el valor que cada quien le otorga. En el joven de hoy no existe la obediencia a la realidad. Simplemente porque la realidad vale lo que ellos dicen que vale y no lo que es de suyo.

A esto se le suma el goce tecnológico de la realidad virtual. Allí se despega y viaja más allá de la dura realidad cotidiana. Esta es una de sus experiencias. En ella permanece tanto como le sea posible. Allí ve, escucha, y sobre todo juega con realidades que no son de carne y sangre.

LA IMAGEN DEL MUNDO

El joven al representarse el mundo tiene ante sí un juego de imágenes ambiguas. Una imagen, por ejemplo, corresponde a la globalidad de lo que acontece en el planeta. Según esta imagen en el mundo vivimos una cantidad de problemas tan grandes y tan diversos que no hay solución posible para todos. Entonces, por un lado, el joven está informado de los grandes logros de las sociedades capitalistas, la velocidad de los avances tecnológicos, la reducción de las horas de trabajo, el bienestar, la seguridad y el reconocimiento personal; pero, por otro lado, sabe que millones mueren de hambre en Asia, Africa y A.L., que el hombre

de los países industrializados no sacia sus ansias de novedad y que lo hace todo más rápido pero se siente solo. Ve que es necesario buscarle y encontrarle remedio a la violencia pero sabe también que pocos lo logran y muchos fracasan. Y que hoy en día la economía parece un mecano que no depende de nadie, librada a su propio impulso no le deja más alternativa que la de ajustarse a ella.

Esta imagen de que el mundo «es así», «caótico» lleva al joven que se abre a la vida a buscar un lugar en medio del caos donde realizarse. Esta aspiración es legítima. Pero si este lugar anhelado no posibilita la concientización de la complejidad de su situación y

de la posición que ocupa en el conjunto, entonces, se convierte en un refugio. Puede vivir en la casa del patio al solar y de vez en cuando asomarse por la ventana sin decidirse a salir a la calle porque es caótica.

SIENTO LUEGO EXISTO

En cuanto al hacerse cargo de la realidad, las causas y las consecuencias, las implicaciones y las complicaciones, las inferencias y relaciones causales han disminuido en importancia a la hora de analizar la realidad. Lo más importante, al menos en lo que hablan, es lo que afecta directa y particularmente a la persona. El joven de hoy no ha renunciado conscientemente a las explicaciones causales ni a la discusión de sus interpretaciones de los sucesos. Pero se inclina más por lo que le parece, digamos, desde su modo personal de sentir las cosas; prefiere decir las cosas «en sus términos». La explicación rigurosa buscando las causas y los efectos de los hechos es un laberinto interminable. Prefiere las opiniones de talante personal y nombrar la realidad como él la ve y la siente más que intentar decir lo que es esencialmente. Así, por ejemplo, lee con atención las entrevistas de

los artistas y resalta las opiniones de tono provocativo. Porque para él un artista es un tipo más cercano (dice lo que ve y siente) que el Papa o Fidel Castro que siempre hablan decretando la realidad.

De ahí que el joven juzgue la realidad por lo que siente que le afecta en su intento por conseguir un lugar en el mundo, que ya no es un mero paisaje donde contemplar la armonía de la creación (mundo tradicional) ni un progreso calculable e indetenible (modernidad). Por tanto, la representación que hace de su vida, el modo como se la imagina nos muestra un cuadro bastante pequeño. Todo está tan cerca y al mismo tiempo tan lejos que el muchacho no tiene otra alternativa que ubicarse. Por eso la casa es un gran sueño. La casa es el hogar, el fuego que nos calienta, el fin de la errancia por calles y ciudades, callejones y barrios, la protección ante los miedos que nos suscita vivir en medio del caos y la intemperie.

EL APETITO SIMBOLICO

El joven habla más de lo que ve que de lo que escucha. La imagen le resulta irresistible. Y lo que ve tiene la fuerza del instante. Es sobre todo emotivo y fugaz. Las cosas de las que más habla son emocionantes, increíbles, sorprendentes, encantadoras, suaves, simples, en una palabra chéveres. Se admira de la elasticidad de una gimnasta, de la resistencia de un ciclista o de las filigranas de un basquetbolista. Cuando mira se fija principalmente en la marca de la ropa, en la estatura, en el peso, en el corte de pelo, en sus gestos y maneras de hablar. ¿Será porque eso es lo que está significando algo que se considera insignificante? Pero pocas veces se pregunta por lo que subyace a todo este espectáculo. El ser espectador es su forma de estar en el mundo. Solo quieren unas cuantas butacas donde sentarse con sus amigos a presenciar la función. Hasta que se les ocurra apagar el televisor y salir a preparar su propia función.

Al joven le interesa sobre todo ver a su personaje actuar. Lo estimulante para

el joven es lo que su personaje admirado representa, más que lo que piensa o propone. El joven está interesado en acercarse a él y cordializar no en discutir sus concepciones del mundo y de la vida. No se trata, por tanto, de un interés por la historia sino de las vivencias y anécdotas de la vida.

No es curiosidad o interés por lo que la persona piense sino por lo que la persona misma es capaz de suscitar. Detrás de la persona puede haber algo o alguien (la empresa transnacional que la produce o empresarios que dirigen personas) pero lo que el joven ve es la realización de un deseo, la satisfacción de la necesidad de ser reconocido y aceptado por esa persona representativa. No sólo por el prestigio que le otorgan las personalidades que trata sino porque estas personalidades le otorgan identidad al grupo al que pertenecen. Esto expresa la búsqueda de una base donde apoyar el yo. La búsqueda de una experiencia que le justifique la existencia. Algo que revierta la mirada sobre él aunque sólo sea para castigarlo o reprobarlo porque, en definitiva, también son formas de justificación. Es muy importante saberse justificado en sí mismo y portar las señales del grupo para que los demás lo reconozcan.

LA VOZ INTERIOR ROMANTICA Y SENTIMENTAL

Lo que escucha atiende a lo sentimental. Tararea canciones y aprende las letras «románticas» con facilidad. Se trata de una voz interior que fluye sin trabas en la letra de las canciones de moda que en los últimos 6 años han tenido como único tema las relaciones afectivas con fuerte dosis de sexo.

Esta voz interior repite con fluidez las letras de las canciones. Los jóvenes en los carritos, el autobús o el metro las van tarareando «casi sin caer en cuenta» (lo cual no quiere decir que no respondan a motivación alguna). El hecho de que las repita de este modo muestra que sí responden a una motivación no formalizada pero que funciona en la persona. Consistentemente los temas de estas canciones

no llegan a nuclear su(s) interés(es) pero inconscientemente están presentes y tienen gran fuerza. ¿Cómo son los sentimientos y las relaciones afectivas que aparecen en estas canciones que la voz interior tararea «casi sin caer en cuenta»? Habrá que escuchar más salsa, merengue y rock para acercarnos a uno de los ejes generadores de sentido y de valores de los jóvenes.

UN NUEVO CULTIVO

La cultura rentista creó el espejismo de un país triunfalista. Sobre todo hizo creer que no hay conflictos de poder y que para estar al día sólo teníamos que superar algunas dificultades. Es necesario hacerse cargo de la pervivencia del pasado en nuestras estructuras sociales para vivir de la realidad y no de espejismos. La fantasía debe recuperar su carácter liberador de lo establecido mostrando la relatividad de sus logros y retando a construir algo distinto. La recreación y reconstrucción de Venezuela es un proceso complejo que no se puede reducir a la privatización o a la reconstrucción cibernética como si pudiésemos prescindir de pensarnos si nos apropiamos de la tecnología con devoción y espíritu lúdico.

Esta cultura de la fascinación y la incitación requiere de una pedagogía del deseo. En un ambiente tan saturado de estímulos se necesita de criterios que ayuden a liberar la voluntad de las constantes llamadas a la satisfacción inmediata de los deseos. ¿Cómo aprender a desear profundamente más allá de los apetitos?

Creo que tenemos que ir a la raíz de la vida, al corazón. Cuando las luces se apagan y nos quedamos con nosotros mismos en el cuarto mirando la película del día aparecen los deseos que durante el día han estado a la sombra. Ahí monologamos con ellos y les concedemos la libertad que durante el día le habíamos escamoteado. Tendríamos que cultivar los deseos y los sueños como tierra fértil de nuestras relaciones. □

Wilfredo González es miembro del Centro Gu-milla.